ACTOR DRAMÁTICO

La poesía patriótica también había invadido aquel año el teatro, en donde, sustituyendo la comedia á la ópera, no pasaba semana sin que el primer actor declamase alguna lírica de asunto nacional, siempre acogida con frenéticos aplausos. De esta suerte me entró la manía de la declamación.

Creí primero que había nacido pintor, luego tenor; ahora también pensé por mucho tiempo que estaba destinado á la carrera dramática. Era esta ilusión más disculpable, porque, si bien no tenía voz para cantar, para declamar la tenía hasta de sobra, y no la economizaba.

Me entró tan fuerte el furor declamatorio, que hacía desear que hubiese nacido afónico. Escogía para desahogarme los pasos de las tragedias en que se necesitaba

mayor esfuerzo de pulmones, y con preferencia aquellos en que el personaje delira, como el soliloquio de *Saúl* y el de *Aristodemo* en el último acto, para poder tronar más fuerte. Mi especialidad, como ahora se dice, era el delirio de los reyes. (Ya se sobrentiende que declamaba como un perro rabioso.)

Nos reunimos varios compañeros, todos enfermos de la misma fiebre, y juntos estuvimos chillando todo el otoño, ora en casa de uno, ora en casa de otro, y muchas veces también en la orilla del río, donde las piedras, por fortuna, no se podían levantar contra nosotros.

Pero el teatro preferido, porque allí podíamos aturdirnos unos á otros sin ser oídos, era verdaderamente digno de nuestro arte: era una cuadra en el fondo del patio de mi casa, donde los estanqueros de los pueblos encerraban durante el día los mulos y los caballos. ¡Desgraciado Alfieri! ¡Infeliz Berchet!

Con toda seriedad me creía yo llamado á una gran carrera trágica. Así que revoloteaban bajo mi cráneo las ideas más temerarias: dar una función de declamación en el Teatro Cívico, dejar los estudios y

entrar en una compañía dramática, formar yo mismo una compañía universal con mis cuatro becerros y encontrar «capitalistas» para construir un teatro á propósito...

Nada tiene de extraño, pues, que entre tantas ideas locas me asaltara también la idea de escribir un drama, como, en efecto, me asaltó. No recuerdo bien el asunto que escogí: sí recuerdo que era un drama cruento, y que la parte del protagonista la tenía que hacer yo; condición *sine qua non,* que había que imponer al director de la compañía que tuviera el honor de ponerla en escena.

Caso sin ejemplo, creo, en la historia de los autores dramáticos: antes de ponerme á escribir el drama, hice el cartel; un anuncio con letras de media vara sobre una sábana de papel, para formarme una idea del efecto que haría en las esquinas; me ejercité en emitir ciertos gritos de desesperación y de terror que todavía no sabía bien á qué propósito tendría que aplicarlos, pero que debían sonar absolutamente en ciertas escenas, y (quiero ser sincero hasta lo último) hice muchos ensayos del paso con que me había de presen-

tar en el proscenio, y del ademán modesto y digno al mismo tiempo, con que había de dar gracias al público, que me aclamaba con entusiasmo. Todo estaba dispuesto por fin; no quedaba más que un detalle: escribir el drama. Dios me asistió y no llegué á escribir más que la primera escena!!!

Pero no se vino á tierra la ilusión del actor con el vigor del dramaturgo: mi vanidad y mi vocerío dramático continuaron hasta la apertura del nuevo año escolar. Los primeros fríos y las primeras preocupaciones no sé cómo, arrebataron de mi cabeza para siempre el murmurar de la declamación, y salvaron así á Ernesto Rossi, á Tomás Salvini y á otros genios de la escena, de una vejez envilecida.